

RUBÉN SOSA: EL NIÑO QUE LLEVABA UNA PELOTA EN UNA BOLSITA

Antes de los estadios llenos, de las camisetas de Europa, de los goles que hicieron gritar a miles y de aquella zurda que se convirtió en una de las más queridas del fútbol uruguayo, hubo un niño. Un niño que iba a la escuela con una pelota dentro de una bolsita. No importaba demasiado cómo estuviera hecha. A veces se rompía y había que arreglarla. O aparecía alguna solución casera para que siguiera rodando. En aquellos años había que ingeniárselas. La pelota no siempre era perfecta, pero alcanzaba. Porque para Rubén Sosa lo importante no era tanto con qué jugar, sino jugar.

Y detrás de aquel niño había una familia enorme.



Eran once hermanos. Una casa donde había que hacer rendir cada peso, donde el padre trabajaba en la albañilería y regresaba con las manos castigadas por la cal y el esfuerzo. Su madre, mientras tanto, administraba como podía aquella economía doméstica para que nada faltara. Rubén recuerda aquellas cosas con una mirada que parece haber ganado profundidad con los años. Hoy puede comprender mucho

mejor los sacrificios de sus padres.

En su infancia también estaban las pequeñas cosas que para otros podían parecer insignificantes, pero que para ellos tenían un valor enorme: una tirita de asado, una copa, una comida especial cuando había un poco más de dinero. El televisor era un lujo y muchas veces había que ir a la casa de algún vecino para mirar televisión.

La vida transcurría así, entre necesidades, ingenio y una pelota que siempre aparecía.

Incluso en tiempos difíciles para el país, cuando la pobreza golpeaba fuerte y las imágenes de las redadas y aquellos camiones quedaban en la memoria de los niños sin

que ellos alcanzaran a comprender todavía todo lo que estaba ocurriendo. Rubén era apenas un niño. No entendía muchas cosas. Pero entendía perfectamente el fútbol. En la escuela no era precisamente de los que levantaban la mano. Prefería esperar el recreo. Porque allí estaba lo que realmente le importaba: la pelota. Y también estaban los vidrios rotos. Porque cuando la pelota salía disparada hacia donde no debía, algún vidrio terminaba pagando las consecuencias.

Así fue creciendo.

Entre el barrio, la escuela, el cine Piedras Blancas, los amigos, las dificultades y esa pasión que poco a poco comenzó a transformarse en algo más serio.

Hasta que llegó Danubio.

Y entonces aquel niño que jugaba con una pelota arreglada comenzó a acercarse al fútbol grande. Todavía era muy joven cuando apareció la oportunidad de entrenar con los mayores. Tenía apenas quince años cuando llegó el momento que cambiaría para siempre su vida: el debut en Primera.

Markarián tuvo mucho que ver en aquel salto.

Rubén recuerda a aquellos compañeros, a quienes hoy nombra con el cariño de quien sabe que en el fútbol también se aprende mirando, escuchando y compartiendo vestuario. Recuerda consejos, pequeñas enseñanzas y personajes que dejaron una huella. Porque el fútbol también se construye con esas cosas. Con un compañero que te enseña un movimiento. Con alguien que te dice cómo levantar el talón para anticiparte al defensor. Con un dirigente que termina siendo mucho más que dirigente. Con un cocinero que es equipier, delegado, amigo y casi padrino de todos.

Y aparecen los viajes con las selecciones juveniles, aquellas experiencias que comenzaron a mostrarle que el mundo podía ser mucho más grande que su barrio.

Después llegó Europa.

Zaragoza.

Rubén tenía apenas dieciocho años. Y antes de instalarse definitivamente en aquel mundo nuevo, hubo una escena que resume bastante bien quién era aquel futbolista que comenzaba a crecer: el partido ante Inglaterra, en el Estadio Centenario. Rubén entró en el segundo tiempo. Y jugó. Sin pensar demasiado en el nombre del rival, en la magnitud del escenario o en todo lo que aquello significaba. Él mismo lo cuenta con una naturalidad que conmueve: era un niño, un muchacho que todavía no terminaba de comprender la dimensión de lo que estaba viviendo.

Él quería jugar al fútbol. Nada más. El fútbol no tenía idioma. No necesitaba inglés, francés ni alemán. La pelota hablaba otro lenguaje.

Y Rubén lo entendía.

Después vendrían Zaragoza, la Lazio, el Inter de Milán, el Borussia y finalmente el regreso a Nacional. Vendrían otros países, otros estadios, otras camisetas y una carrera que lo llevaría a convertirse en uno de los grandes futbolistas uruguayos de su generación. Pero cuando uno escucha a Rubén Sosa hablar de su vida, descubre que detrás de todos esos escenarios todavía permanece aquel niño. El niño de la pelota en una bolsita. El hijo de una familia numerosa. El muchacho que aprendió que las cosas había que ganárselas. El que encontró en el fútbol una puerta abierta hacia el mundo. Y quizás allí esté una de las claves de su historia.

Porque Rubén nunca dejó de jugar con aquella misma alegría. La alegría de quien un día descubrió que una pelota podía ser mucho más que una pelota. Podía ser un sueño. Podía ser una salida. Podía ser una manera de llevar el nombre de Uruguay por el mundo. Y, sobre todo, podía ser una forma de no olvidar nunca de dónde había salido.